

caminos, persuadido á que se hallaria disfrazada en aquella figura, ó en trage de gitana, y determinado si la veía en este exercicio, á practicar contra ella lo mismo que ella habia hecho con su ama. Con el mismo objeto me transferí despues á Amsterdám, y desde aqui tomé el camino de Alemania; de todo lo qual podrás ya haber inferido, que la muger en cuya busca ando rodando por el mundo, es aquella pérfida calumniadora.

CAPITULO X.

Breve, pero substancial discurso que hizo Scipion á Don Abél. Encuentran en el camino á cierto hombre, antiguo conocido de Scipion. Caracter del mesonero, en cuya casa durmió el tal hombre aquella noche, y la curiosa historia que el mesonero les contó.

Quando Don Abél puso fin á la dolorosa historia de sus aventuras, prosiguió Scipion, yo procuré consolarle, acordándole que todo bien considerado, no desmerecia enteramente acabar la vida con aquella muerte una muger tan malvada y rea de tantos enormes delitos como Poliandria. ¿Y quién sabe, añadió, si el cielo se sirvió de este

medio, para arrancaros de una amistad, que quizá os meteria segunda vez en los mismos peligros que corrió vuestra vida en Amsterdám? La experiencia, y lo que ella misma ha confesado, os ha hecho conocer con evidencia, cuánta ha sido siempre su inconstancia y su infidelidad. Ni seria irracional ó temerario el temor de que volviese á cansarse de vos, y del retiro del campo, la primera vez que se la pusiese delante un nuevo objeto que excitase su natural avaricia, ó su caprichosa luxuria. Las mugeres acostumbradas á la disolucion dificilmente se sujetan á vivir dependientes de uno solo. Son como las avejas, que solo se detienen sobre cada flor el tiempo que basta para chuparla el jugo. Pudiera contaros muchas historias que acreditasen lo que digo, si vos no fuerais un hombre á quien hace mas fuerza la razon que los exemplos.

Así hablaba yo á mi antiguo Amo, quando vimos que venia caminando hácia nosotros un hombre á caballo, que luego que se acercó conocí era el hijo de Baltasar Velazquez, aquel mercader de Córdoba, de quien ya se hizo larga mencion en esta historia. Hice parar el calesín, y habiéndonos desmontado todos, él mismo se me dió á conocer. ¿Pues qué! le pregunté admirado, ¿no estais ya en la Cartuxa de Sevilla? No, me respondió: no pude con el rigor de aquella vida, y mi debil temperamento no se habia hecho para tanta austeridad, cuyo horror no tenia bien considerado, quando me

escapé avergonzado de los ojos de mi padre á las montañas de Fesira. Apenas acabé el noviciado, dexé aquel santo y toscó hábito, para vestirme de seglar, y volverme á Córdoba, donde encontré á mi buen padre muy vecino á la muerte. Me perdonó todos mis graves excesos, dióme consejos muy saludables, y ántes de espirar me echó su paternal bendición. Quedé dueño de un riquísimo patrimonio, y facilmente creerás que tardaria muy poco tiempo en disiparlo. Despues de esto me ví precisado á desterarme voluntariamente y para siempre de mi patria, huyendo de la persecucion de mis acreedores, que hacian quanto podian para que me metiesen en una cárcel. Me acomodé por criado de un Capitan de Guardias Walonas, en cuyo servicio pensaba mantenerme toda mi vida, si un terrible caso que me sucedió, no me hubiera obligado á huir de él una mañana. Luego que dixo esto, sin esperar á mas, metió espuelas al caballo, y se alejó de nosotros con grandísima celeridad. Nosotros continuamos nuestro viage, y yo hice reir muchísimo á Don Abél, contándole las freqüentes visitas que á contemplacion de aquel mozo hacia yo al cofre del buen hombre de su padre el mercader.

Aquella noche llegamos á dormir á una villa, que podia pasar por una mediana ciudad, donde nos apeamos en un meson, cuyo mesonero era un hablador eterno, siendo su pasion dominante una irrestañable y desatada charlata-

ne-

nería, con la qual se figuraba que tenia muy divertidos y contentos á los pasajeros. Aun no bien nos habiamos apeado, quando sin dar lugar á que le respondiésemos ni una sola palabra, nos espetó la siguiente retaña: Señores, sean ustedes bien venidos á esta pobre posada: tén-gome por muy dichoso, logrando la fortuna de servirlos en mi casa, porque su cara me dice, que son dos personas de buen humor. O, y á cuántos como ustedes he tenido el honor de alojar aqui en mis días! No podian sus mercedes caer en mejores manos: yo solo soy capaz de satisfacer su curiosidad, refiriéndoles uno por uno todos los grandes sucesos que desde su fundacion han ilustrado esta nobilísima villa, las raras antigüedades que se conservan en ella, y las particularísimas novedades que acaban de suceder en la misma en este propio día, dignísimo de ser notado por ellas, no digo ya con piedras blancas, sino con rubies, piropos y ametistas. Empeño á ustedes mi palabra de no añadir ni quitar, siendo puntualísimo y sincerísimo en todo lo que dixere, y espero en Dios tenerlos muy divertidos, dando pábulo á su curiosidad. Señor mio, le dixere no sin algun enfado, cortándole el rebesino, é interrumpiendo su eterna parladuría; lo que ahora hemos menester es alimentar nuestros cuerpos, porque quiero contar á usted una novedad, antes que nos cuente las suyas. Esta es, que desde está mañana no hemos probado bocado, gracias á la abundan-

te

te comida de palabras, que nos sirvió á medio día un cierto hermano de la misma profesion y cofradía de usted. ¡O! replicó el mesonero, por lo que toca á comer, serviré á ustedes con preciosos y exquisitos platos. Tengo caza de la mejorcita, pan como rosquillas, manteca de Holanda de la mas delicada, y si ustedes quieren, los podré servir tambien con un plato de pescado, que les sorprenderá por su singularísimo gusto. Yo les diré á ustedes los sitios donde se encuentra este delicadísimo pez, el raro modo con que se pesca, y la particularísima manera de tender las redes, para que pueda caer en ellas. Probatemos primero el tal pez, dixo Don Abél, y entónçes veremos si merece que nos informemos de su historia. Al punto voy á servir á ustedes, repuso el mesonero, y verán en mí una prontitud y una puntualidad, que no la encontrarán igual en ninguno de mi oficio. En menos de dos horas he de preparar á ustedes una cena verdaderamente real, y he de hacer que se les pase este breve tiempo casi sin sentir. Sé que han de alabar mucho mi presteza y mi celeridad, de manera que á do quiera que vayan, han de desear encontrar otro mesonero que se me parezca; ¿pero dónde le hallarán? Hubiera proseguido en hablar tan insulsamente sin intermision, á no haberle mandado expresamente Don Abél y yo, que se dexase de chácharas, y se fuese á disponer nos la cena. Se partió de allí poco contento, porque no le dexamos desembuchar á su gusto, y

es-

estuvo refunfuñando entre dientes en la cocina, hasta que llegó el tiempo de traernos la tanto ponderada, y no menos deseada cena. Debo confesar, que la cena no fue mala; pero el pez tan exâgerado, despues de haberle probado, nos pareció, que no merecia le hiciesemos el honor de querer exâminar las circunstancias de su pesca, las quales segun todas las apariencias temimos que se nos hiciesen muy tediosas. Y para que el mesonero no se adelantase á encaxarnoslas, nos anticipamos nosotros á decirle, que nos contase lo que corria de nuevo en el lugar. Grandes cosas, Señores, son las que corren. Quedarán ustedes atónitos al oír el impensado accidente, que hoy mismo ha sucedido; y mas de una vez han de arquear las cejas oyendo las extravagancias parte cómicas, y parte trágicas verdaderamente muy extraordinarias. No son tan fecundos de fantásticas ideas todos los noveleros en sus estrafalarias fantasías ó invenciones; pues ya darian algo por tener noticia de lo que hoy mismo ha sucedido aquí, bastando esto solo á suministrarles materiales para una divertidísima novela. Prepárense ustedes para oír cosas, que no se leen en Don Quixote de la Mancha, y que parecerian fabulosas, si no hubiera pruebas efectivas y reales de su innegable verdad. Prestenme, pues, su benigna atencion, y comienzo.

Hecho este exórdio, paróse un poco, escupió, sacó el pañuelo, sonóse, pasóle blandamente por la cara, como para limpiarse el sudor, á

TOMO V.

LL

ma-

manera de ciertos predicadores, y prosiguió de esta manera. Habrá mas de dos meses, que llegó á este pueblo un Capitan de Guardias Wálonas con un hijo suyo y un criado, que se llamaba Gaspar, tan amado de su amo, que apenas le distinguía del hijo. Se alojó en casa de un amigo suyo, donde pensaba detenerse hasta que le llegasen de Bruselas ciertos avisos sobre la pretension que tenia de un grado, y juntamente de un empleo importante. Habita en una calle de esta villa cierta familia, que se compone de una madre y dos hijas: la madre, que solo tiene treinta y cinco años, puede pasar por una de las mugeres mas bien parecidas y mas garbosas de este pueblo; las hijas que eran gemelas, y entre las dos contaban solos treinta años, exceden en hermosura á quantas Elenas pudo producir la Grecia, y á quantas Angelicas ha dado al mundo el Reyno del Catai. Aunque este Triunvirato de mugeres hacia en la apariencia una vida retirada, no daban poco que decir en el país; porque no se sabia el modo de componer con una verdadera honestidad el fausto y la pompa de sus ricas galas y magníficos vestidos, muy superiores á su baxa condicion, y nada compatibles con la moderadísima ganancia, que las podian producir las labores de sus manos. A la verdad frequentaba su casa uno de los mas fuertes Comerciantes de Amsterdám, que tiene alguna hacienda en este lugar, con cuyo motivo hace larga mansion en

él

él una gran parte del año. Los que no quieren juzgar temerariamente de las acciones ajenas, suponian que el buen Mercader las socorria largamente, no solo para aliviar su pobreza, de manera que pudiesen vivir con toda comodidad, sino tambien y mucho mas con el santo y zeloso fin de alejar de ellas todo peligro de que fuesen ajadas aquellas dos blancas y puras azuzenas, que por tales reputaban á las dos bellísimas hermanas. Pero los que no juzgan tan piadosamente ni discurren con tanta delicadeza, murmuraban á taco tendido de aquella sospechosa comunicacion, diciendo publicamente, que el tal Mercader era el galán de la madre, y que reconociendo á las hijas por fruto de su cosecha, cumplia con las obligaciones de padre, supuesto que el verdadero y legítimo marido de la madre se habia voluntariamente ausentado, por no ser testigo de la afrenta que se hacía á su persona y del deshonor con que se manchaba su tálamo nupcial. Otros adelantaban todavia mucho mas la maledicencia: decian, que este hombre no hacia el mas mínimo escrupulo de añadir al antiguo comercio con la madre, el novísimo que tenia con las dos hijas; pero yo, Señores, no quiero meterme en tantas honduras, porque no hay cosa que mas aborrezca, que el murmurar, y hacer juicios temerarios, por lo qual dexo á cada uno de ustedes, que crea aquello que mejor le pareciere. Pero no puedo menos de contarles, como habiendo visto á un mismo tiempo á aquellas tres mu-

LL 2

ge-

geres el Capitan, su hijo y su criado, todos tres quedaron enamorados de ellas, mas de una manera verdaderamente original y curiosa. Ya dixe, que las dos hermanas eran gemelas, y tan semejantes una y otra, que era imposible distinguirlas. Por otra parte ambas tenian el gusto de vestir en todo uniformemente, solo usaban una señal para ser distinguidas, pero comunicada á muy pocos: esta era un lazo ó roseta formada de una cinta que cada una tenia al pecho, ambas de color diferente; con que los que ignoraban esta reservada contraseña, á cada paso confundian á las dos hermanas, teniendo á una por otra. La madre, aunque excedia en mas de la mitad de los años á cada una de sus hijas, como era todavía moza, y tan bien parecida, los que ignoraban el secreto, la tenian por hermana mayor de las otras.

Deslumbrados, pues, los tres forasteros con las tres bellezas, que los habian encantado, facilmente hallaron modo de introducirse en su casa, mediante un buen regalo en dinero á una vecina que tenia gran talento para conciliar el ánimo de las mugeres con los deseos de los hombres que las cortejaban. El maravilloso efecto que produjo la primera visita que hicieron á las tres deidades, fue, que atraídos igualmente de todas tres, ninguno supo determinarse á qual de las tres habia de dedicar sus obsequios. Por lo que toca á las dos hermanas, eran en todo tan semejantes, que se haría agravio á qualquiera de las dos

que no fuese preferida, ó por mejor decir, era imposible amar á la una sin amar á la otra. Su madre, como mas práctica del mundo, era una muger de tanto y tan particular espíritu, que siempre haría declarar la victoria en su favor, mientras no encontrase con hombres, que fuesen enemigos del garbo, de la festividad, de un noble desembarazo, y de una fina discrecion. Finalmente fue grandísimo el embarazo en que se hallaron los tres amantes para convenir entre sí, qual habia de ser el idolo, á quien debia dirigir sus inciensos cada uno. Y como al cabo era menester que en esto quedasen todos de perfecto acuerdo, por evitar todo peligro de encontrarse en el cortejo, y para precaver todos aquellos inconvenientes, que necesariamente habian de nacer de la confusion, luego que volvieron á casa se cerraron todos tres en un quarto, y entraron en consulta para resolver el partido que habian de tomar. No creo que se admirarán ustedes de ver un padre y un hijo concurrentes en un empeño de amor. Entre los militares no suele haber muchos escrupulosos en esta especie de empeños, y como no suelen ser pocos los padres, que en esta materia dan mal exemplo á sus hijos, tampoco son muchos los que reparan en que éstos sean muchas veces testigos, y algunas tambien compañeros en el objeto de sus disoluciones. A buena cuenta el padre, á quien tocaba hablar el primero, dixo, que á aquellas tres ninfas las sobraba mucho mérito para ser amadas sin distincion, ni preferen-

rencia; que le parecería hacer una grande injusticia, si pospusiese la madre á las hijas, ó si éstas fuesen excluidas por respetos de la madre; con lo que parece quiso dar á entender, que todos tres se aprovechasen alternativamente de la una y de las otras. Mostraronse poco inclinados á este proyecto tanto el hijo como el criado, y conociendo el padre la disonancia que les habia causado, ó por mejor decir, lo mucho que les habia escandalizado oírle manifestar por su misma boca una lascivia tan desenfrenada, les dixo como para cubrirse. ¡Ola Señores míos! que lo dicho fue una mera chufleta para alegrar la consulta; pues por lo demás conozco muy bien que la que á mí me toca de las tres, por mi mayor edad, es la madre, y así desde luego la escojo para mí, y espero estar muy contento con ella. Ahora componganse ustedes dos en la elección de las hijas, y buen provecho le haga á cada uno aquella que le tocáre. Habiendo dicho esto el Capitan, comenzaron á deliberar el hijo y el criado, pero tardaron poco en resolverse; porque diciendo el criado echemos suertes, y consintiendo el otro, así lo executaron, y habiendo tocado al hijo la del lazo verde, y al criado la del blanco, desde la segunda visita comenzó cada uno á distinguirse en finezas y en obsequios con aquella que el destino ó la voluntad le habia deparado. Al principio derramaron bastante oro, y supieron llegar presto á la posesion del corazon, sin mas trabajo que el de habersela pedido. Duró por mucho

cho tiempo aquella triple alianza de nueva invencion, sin que acaeciese cosa que la desconcertase, ni aun se atreviese á turbarla con el mas ligero disgusto; hasta que á las dos muchachuelas se las antojó un día hacer á sus amantes una burla, que á ellas les pareció muy inocente, y tuvo despues pesadas consequencias. Cambiaron una con otra los lazos, que las distinguian, poniendo el verde la que usaba el blanco, y llevando el blanco la que acostumbraba el verde, no solo para zumba, y divertirse despues con sus cortejantes, sino acaso tambien para convencerse con su propia experiencia que la variedad es el mejor sainete en los desahogos del amor. Solióles la burla á medida de su paladar, porque ninguno de los dos amantes la conoció, y conversando las dos muchachas ya con uno ya con otro, las daba el mayor gusto aquel juguete tan original. La madre, que no podia gozar del mismo juego, y era la única que tenia noticia de él, estaba sumamente melancólica, porque se habia ciegamente enamorado del hijo del Capitan; y ya saben ustedes lo mal que se lleva, que el objeto amado sea poseido de otro. La pobre muger se iba consumiendo de una amorosa rabia, quando veía que sus hijas eran dueñas absolutas del corazon de aquel mozo, y creció tanto su zelosa pasion, que no pudiendo sufrir, que sus mismas hijas fuesen sus rivales, se resolvió á descubrir el engaño, mediante el qual triunfaban impunemente de su infidelidad. Confióselo en gran secreto

creto al hijo del Capitan, pareciendola que aquel jóven se llenaria de horror, y concebiria la mayor indignacion contra la monstruosa confusion de tan infames complacencias. Pero aunque al principio se quedó altamente sorprendido, un instante despues se echó á reir á taco tendido, reflexionando un poco sobre una aventura tan estafalaria. Con efecto hay ciertas gentes, que hacen chacota de las acciones mas abominables, quando en ellas se mezcla alguna gracia en el exercicio de la mayor disolucion, precisamente porque se acomodan á su genio libertino y relajado. Pero lo peor del caso fue, que habiendo el hijo del Capitan comunicado á Gaspar la graciosa pieza (como él la llamaba) que les habian jugado, Gaspar, que como buen Español no entendia de chanzas tan ofensivas á la honestidad, y al honor, entró en una furiosa cólera, la que disimuló por algun tiempo con prudencia; pero anoche tuvo ocasion de desahogarla, porque entrando en casa de las amigas á tiempo que estaban solas en ella las dos hermanas, cortó á una las narices, y á otra las orejas, y habiendo enfilado unas y otras en aquellos lazos que servian á las gemelas del distintivo, y habian sido como el instrumento que facilitó la nefanda equivocacion, hilvanó las narices en el pecho de la que habia quedado sin orejas, y las orejas en el lazo de la que estaba sin narices: hecho esto, puso pies en polvorosa, y partió de este país, sin que se sepa adonde habrá ido á parar. Discurren ustedes, qué

cosas se dirán en el Lugar. El hecho es, que los mas celebran el oportuno ofrecimiento del Español, que supo encontrar un distintivo tan justo y tan visible para no equivocarse las dos hermanas, quitándolas al mismo tiempo la ocasion de continuar los escándalos á que habian dado principio con tanta facilidad. Mucho nos hizo reir el mesonero con su relacion, así por el satírico modo con que la habia dispuesto, como por las cosas tan raras que se encontraban en sus mas curiosas ó mas interesantes circunstancias; y considerando yo por autor de aquel suceso al hijo de Baltasar Velazquez, el mismo que habiamos encontrado aquel propio dia, tuve la discrecion de no dar á entender que le conocia, y con esto despidiéndonos del mesonero, nos fuimos todos á dormir.

CAPITULO XI.

Prosiguen juntos su viage Scipion y Don Abél. Llegan á Inspruch, donde se encuentran con Don Manrique Medrano, quien les hace relacion de sus aventuras.

El dia siguiente proseguimos nuestro viage, sin esperar á que nuestro mesonero nos espetase mas relaciones; y en pocos dias llegamos á Colonia. Quando me ví en un país donde se profesaba la